

EL MISTERIO DEL TIEMPO

Las catedrales medievales conservan bellos relojes en la nave o en la torre. En el “*espacio sagrado*” su carillón recordaba a los fieles el “*tiempo sagrado*”: el Año Cristiano, el domingo y las fiestas, la Liturgia de las Horas. Meditemos sobre el tiempo.

1 – La medida del tiempo

El Eclesiastés nos ha ofrecido la página más bella sobre la carrera imparable de las manecillas del reloj: “*Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo: Su tiempo el nacer, y su tiempo el morir; su tiempo el plantar, y su tiempo el arrancar lo plantado. Su tiempo el matar, y su tiempo el sanar; su tiempo el destruir, y su tiempo el edificar. Su tiempo el llorar, y su tiempo el reír; su tiempo el lamentarse, y su tiempo el danzar. Su tiempo el lanzar piedras, y su tiempo el recogerlas; su tiempo el abrazarse, y su tiempo el separarse. Su tiempo el buscar, y su tiempo el perder; su tiempo el guardar, y su tiempo el tirar...*” (Qo 3, 1-6). ¡Buena reflexión para fin de año!

2 – La fugacidad del tiempo

He aquí dos miradas complementarias. Jorge Manrique, en las *Coplas por la muerte de su padre*, nos ofrece una visión existencialista y pesimista: “*Recuerde el alma dormida, / avive el seso y despierte / contemplando / cómo se pasa la vida, / cómo se viene la muerte / tan callando, / cuán presto se va el placer, / cómo, después de acordado, / da dolor; / cómo, a nuestro parecer, / cualquiera tiempo pasado / fue mejor*”. El Himno de *Laudes* del Jueves de la primera semana de la Liturgia de las Horas, ofrece en cambio una reflexión positiva y creyente: “*Comienzan los relojes / a maquinar sus prisas; / y miramos el mundo. / Comienza un nuevo día. / Comienzan las preguntas, / la intensidad, la vida; / se cruzan los horarios. / Qué red, que algarabía. / Mas tú, Señor, ahora / eres calma infinita. / Todo el tiempo está en ti / como en una gavilla*”.

3 – La plenitud del tiempo

La hora 25 de nuestro tiempo es el tiempo de Dios: “*Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva*” (Ga 4, 4-5). Juan Pablo II, durante el rezo de Vísperas del último día de año del año 1996, comentó este texto: “*La expresión «plenitud de los tiempos» tiene una dimensión que podríamos definir «histórica»... Con esa expresión san Pablo desea evocar una dimensión más profunda que se refiere a todo lo que se realizó en la cueva de Belén: «envió Dios» al mundo «a su Hijo, nacido de mujer». En estas palabras revive el acontecimiento misterioso de la Noche santa: el unigénito y eterno Hijo de Dios «por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre». Entró en la historia de los hombres y, en cierto sentido, la superó*”.

Esta plenitud del tiempo encuentra su cenit en “*la hora*” de Jesús, su muerte y resurrección. En las bodas de Caná Jesús dijo a su madre: “*Todavía no ha llegado mi hora*” (Jn 2, 4). Sin embargo, en vísperas de su pasión, el mismo Jesús dijo ante sus apóstoles: “*Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo de hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto*” (Jn, 12, 23-24).

El espacio y el tiempo son las andaderas del hombre terreno. Nos ayudan a vivir, es verdad, pero también son los barrotes de nuestra esclavitud. Santa Teresa ansiaba salir de “*esta cárcel y estos hierros*” y ser libre de una vez: “*¡Ay, qué larga es esta vida! / ¡Qué duros estos destierros, / esta cárcel, estos hierros / en que el alma está metida! / Sólo esperar la salida / me causa dolor tan fiero, / que muero porque no muero*”.